

Del Ateneo de San Bernardo

Por Félix Miranda Salas

Hace algunos años, la revista Dental Chilena publicó una breve recordación sobre el ensayista Domingo Melfi, que luego reprodujo la Revista Dental de Nueva York, en la que esbocé el perfil del escritor chileno, y me referí a la importancia de su obra publicada.

El ensayo no ha tenido hasta ahora muchos cultores. Es en verdad un género difícil, que exige desde luego lo que pedía Ortega y Gasset, "que sea arte más la intención reflexiva". Es justamente lo que Melfi hizo en sus obras como, "El viaje literario", "Portales", "El congreso de escritores en Buenos Aires - "Notas e imágenes", en 1936; "Indecisión y desengaño de la juventud" y "Panorama de las literaturas argentina y uruguaya".

Poseyó el ensayista un estilo original y vital a la vez, vigoroso y flexible, junto a una claridad de ideas y conceptos, que se distinguió en aquellos pasajes de crítica de penetración y profundidad, dando la muestra de su talento brillante. Logró, a pesar de los temas que se propuso, tan variados, una singular amenidad que le fue muy característica. Su prosa sugestiva, aireada, sin requiebros de concesión académica, dio a sus obras un sello inconfundible. Poseyó sin duda el don de síntesis, sin necesidad de recurrir a la oración corta de lingote.

Trasciende en su obra un suave aliento humano erasmiano, que es totalmente evidente en "Sus notas e imágenes sobre el Congreso de Escritores", realizado en el año 1936 en Buenos Aires, cuando el vendaval nazi trajo hasta América a los escritores más representativos de la cultura occidental, y la civilización tambaleaba en Europa ante el azote de los bárbaros. Dijo en uno de los párrafos más alumbradores: "La función social del escritor en nuestros países es dura y está llena de sacrificios. Me atrevería a afirmar que desde hace casi un siglo no ha sido otra cosa que una permanente lucha en el dominio de las pasiones hostiles que el medio levantó contra el escritor. De esta suerte el escritor ha sido siempre un forzado. No ha tenido sino escasas compensaciones, innumerables amarguras y ha sido perseguido y crucificado por las sociedades, cada vez que levantó muy alto la voz de protesta. En Europa el escritor vive sostenido por grandes núcleos, a veces por grandes masas de lectores que lo estimulan y en cierto modo lo defienden. En América, el escritor está siempre solo, o mejor dicho vive entregado a su propia suerte. Porque América no es Europa. El escritor tiene en América deberes muy graves, responsabilidades heroicas y si los escritores americanos respetan la obra gigantesca de la cultura occidental, de la cual derivan por educación, están, sin embargo, obligados en este período de desconcierto y de tragedia a levantar la condición moral del hombre americano, a suscitar con su acción literaria, con el grito de sus rebeldías, una nueva conciencia unitaria para estos pueblos entregados a su propio destino."

Sin duda el pensamiento de Melfi está aún vigente. No ha cambiado.

Sin duda "El viaje literario", en el que Melfi se propuso una revisión de la literatura chilena, es el que alcanzó la más grande difusión en nuestro medio. Es a la vez el que desde el punto de vista del enjuiciamiento literario tiene mayor valor. "Son apuntes —dijo—, que representan un poco la fuga del tiempo que nos obstinamos en detener. Hombres, figuras, encuentro, sensaciones, entrevistas en un viaje sin término, sin paradas ni fronteras, saltando siempre por encima de ellas, venciendo las distancias, persiguiendo alguna emoción ya desbarrancada por los años. Viaje de ida y de vuelta, sin reposo, en el que vamos sorprendiendo cosas que ignorábamos o placeres que nos parecieron pueriles". Más allá de su advertencia, agrega: "el escritor chileno fue siempre muy poco afortunado en su país y no porque la sociedad chilena tuviera el aire de una sociedad excepcional, sino porque esta sociedad era de estirpe mercantil y agrícola. A tal grado llegó entre nosotros la burla y el escarnio —la clase media que todo lo imita imitó también el desdén hacia el hombre de letras—, que muchos poetas tienen vergüenza de que les llamaran poetas. Otros temían decir que eran escritores."

"El viaje literario", es una obra que en sus enfoques dio a conocer muchos aspectos de la gente de letras, de su vida y de sus libros. Alcanza esa magnífica elevación el evocar instancias pasadas, hechos poco conocidos y ragos humanos de hombres y cosas que contribuyen a considerarla como una lectura obligada, para saber de aquellos valores brillantes sobre los que ha caído tanto polvo de olvido. Es la obra que produce mayor encanto en el recuento literario y aproxima a la veta del gran ensayista, en la que indudablemente predomina su acendrado y reconocido humanismo.

El acercamiento a Melfi —al que sólo citan los investigadores literarios—, es como un retorno del espíritu más claro que ha tenido nuestra literatura. Y, como él dice, "este viaje literario no cesa. Se detiene tan sólo, para un descanso ni muy breve que nos encuentre aún con la fatiga del anterior, ni tan largo que desemboque en el olvido... Existen muchas zonas que aún señalan su signo en la distancia. Muchas voces que se escuchan en la sordina de los recuerdos o de los amores fugitivos. Señales lejanas y amistosas que saludan y nos invitan desde una pequeña ventana. En fin lo que es y no es, lo que vive o está muerto o a punto de perecer o quizá definitivamente olvidado..."

Mayo de 1974.